

Autor: Abilio Ayuso

LA CAMPESINA

Ilustrador Ronny Bravo



Muchos de los que vivimos en una familia de clase media nos sentimos frustrados por no poder acceder a los lujos que pueden disfrutar gentes de clase acomodada.

Sin embargo hay millones de seres del tercer mundo para los que la felicidad suprema sería ocupar nuestro lugar junto con sus familias.

Por lo tanto, para ser felices solo tendríamos que nacer y vivir como ellos, y volver mas tarde a nuestra vida, pero eso no es posible... ¿O tal vez si?.

TP

Hace unos pocos siglos, habitaba en un pequeño país europeo, una campesina llamada Gracia, envidiada por muchos de sus compatriotas ya que tenía todas las prendas que la gente hubieran deseado para sí mismos.

Era guapa, lozana, de buena salud, graciosa e inteligente, sus padres eran campesinos acomodados, poseedores de muchas tierras fértiles, granjas, rebaños abundantes y una hermosa y confortable casa sobre una colina, desde donde divisar sus posesiones.

Daban trabajo a muchas familias, con lo cual, su única hija, que era la niña de sus papás, no tenía que estropearse las manos en ninguna labor solariega. Si lo deseaba cogía flores, o alguno de los abundantes frutos de sus huertos, si un día quería cocinar, cocinaba, y si no, iba al bosque a leer los libros de caballería que su padre le traía de la ciudad.

Con su belleza y dote no le faltaban pretendientes, pero ella los rechazaba a todos sin darles la menor oportunidad.

Todos pensaban que debía ser muy feliz, pero por el contrario se sentía profundamente desgraciada.

Uno de esos apacibles días en que nuestra campesina había ido a sentarse junto al viejo roble para releer por décima vez el libro de aventuras de una princesa oriental, lo cerró malhumorada diciendo para sí misma: “¿Por qué no puedo yo ser una de esas princesas y vivir en un fabuloso palacio en lugar de una casa en el campo?”.

Mientras eso decía, vio venir a la vieja Venancia por un recodo del camino y preparó la hogaza y el queso que hoy le había traído.

Venancia era una pobre vieja que vivía en una cabaña del bosque, mucha gente la rehuía, porque se rumoreaba que era bruja, pero para Gracia era una bondadosa anciana que más de una vez le había quitado cuidadosamente las espinas que de niña se había clavado haciendo travesuras. Por eso cuando iba a leer junto al viejo roble siempre llevaba algo de comida, ya que sabía que Venancia pasaría por allí cuando volviera del pueblo donde iba a mendigar.

Al acercarse, Venancia sonrió de agradecimiento al ver el cestillo que la chica le tendía y luego un poco maliciosamente al ver su ceño fruncido. Con su voz dulce y sin dejar de sonreír dijo: “¿Quién ha molestado hoy a mi niña, que lo convierto en lagarto con un hechizo?”.

Gracia no pudo por menos que reír la ocurrencia y explicarle a la vieja sus pesares.

Para su sorpresa Venancia se sentó a su lado y en tono muy serio le comentó: “Hace muchos años que nos conocemos y nunca te lo he explicado, pero hoy

puede ser un buen momento: Tú debes saber que se rumorea por la comarca que soy bruja”.

“Si, pero nunca he prestado atención a esas chafarderías”.

“Pues a pesar de que quienes lo dicen hablan por hablar, ya que nadie tiene la más mínima evidencia, resulta que es verdad, han acertado por casualidad. Pero no pienses que soy de esas que van haciendo el mal por ahí. Soy bruja blanca y solo tengo el don de hacer el bien, ayudar al prójimo. Pero fíjate que ironía, no puedo ejercer en absoluto. Tantos males que podría aliviar y además ganarme la vida dignamente en vez de mendigar, pero tengo que ocultar mis poderes porque la gente es muy supersticiosa y acabarían culpándome de cualquier cosa”.

Gracia se medio incorporó con los ojos brillándole como esmeraldas: “¡Lo sabía!, o mejor dicho lo sospechaba, porque cuando yo me caía de un árbol y tú me curabas el moretón frotándome una hierba supuestamente curativa, cuando unos días después la probaba yo por mi cuenta no me hacía el más mínimo efecto. Si te preguntaba el porqué, tú me enrollabas diciéndome que había que cortarla a una altura de dos tercios del tallo inclinándola hacia el sur y no sé qué cuentos más, pero nunca te acabé de creer”.

“Muy lista mi niña, pues tenías razón, la hierba no hacía nada, la medicina era yo, a ti te lo puedo explicar, pero a esos patanes del pueblo ni asomo del asunto. Pero dejemos esto y vamos a procurar sanar tu mal, hace tiempo que te veo infeliz, enfadada contigo misma y con lo que te rodea, ¿Qué te sucede?”.

“Tal vez te reirás si te lo explico, nunca se lo he dicho a nadie, pero leo todos estos libros fabulosos de princesas que viven en palacios y me siento desdichada siendo una simple campesina”.

“¿Una simple campesina?, ¡Cuántos quisieran llorar con tus ojos!, pero analicemos el asunto: ¿a ti lo que realmente te haría feliz es ser princesa, casarte con un apuesto príncipe y vivir en un fabuloso palacio?”.

“Por supuesto que sí”.

“¿Y no te cansarías luego de la misma forma que te has cansado de tu estado actual?”.

“Nunca, ¿Quién puede cansarse de eso?”.

La vieja tomó un hermoso guijarro del camino y dándoselo dijo: “Toma, esta piedra simboliza tu estado actual, ahora mírala y concentra en ella todos tus deseos, todo lo que te hace ilusión, lo que te gustaría ser”.

La piedra comenzó a brillar con luz propia, adoptando unos bellísimos colores irisados, Gracia no pudo evitar un grito de sorpresa al contemplarlo.

Venancia la miró muy seria diciéndole: “Ahora la piedra contiene tu ilusión, y atraerá hacia ti aquello que anhelas”.

“¿Y durará mucho el efecto?”.

“Mientras dure tu ilusión, así que nunca pierdas ni la ilusión, ni la piedra”.

La vieja se despidió dejando a nuestra campesina mirando embobada su piedra luminosa, así hasta que se quedó dormida con ella en el regazo. Minutos después le despertaba un relincho y el golpear de los cascos de un caballo contra el suelo.

Se incorporó con un sobresalto, viendo ante ella un apuesto caballero, bien armado y elegantemente vestido que con voz amable le dijo: “No temas muchacha, vengo porque desde aquella loma he visto el brillo de la gema que llevas en las manos y la curiosidad me ha conducido aquí, ¿Qué clase de joya es?”.

“No lo sé caballero, me la ha regalado un caminante hambriento al que he dado de comer”.

“Veo que además de belleza hay en ti un buen corazón, ¿Te importa que desmonte y la examinemos juntos”.

“Como vos deseéis caballero”.

El apuesto mozo se sentó junto a nuestra campesina, intentaron adivinar si el brillo era reflejo de la luz solar o provenía del interior de la gema, de ahí pasaron a otros temas, juntos hablaron y rieron hasta que comenzó a caer la tarde, entonces se despidieron quedando para verse en aquel mismo lugar al día siguiente.

Hubo muchos otros días como aquel, cada vez su amistad era mayor y ya comenzaba a ser algo más que amistad, hasta que un día él le dijo: “¿Si te confieso una culpa pasada podrás perdonarme?”.

“Claro que sí, además nunca me has hecho nada malo”.

“No, pero estuve a punto de hacerlo y ahora me arrepiento de mis intenciones”.

“¿Ha sí?, ¡pues confiesa canalla!”, contestó ella riendo.

Hizo una pausa y muy solemne dijo: “Soy Carlos, el príncipe heredero de este reino, estaba cansado de que entorno a mi palacio solo hubiera campos labrados, o de frutales, o granjas. Los asentamientos humanos ahuyentan a los animales salvajes, con lo cual cada vez que deseaba cazar debía cabalgar varias horas. Por

tanto, había decidido expropiar estas tierras que estaba examinando y expulsar de ellas a todos los campesinos para dedicar el terreno a coto real de caza”.

Gracia le dijo aterrada: “¿Pero y la gente, dónde hubiera ido, qué hubiera sido de ellos?”.

“Entiéndeme y perdóname, yo nunca había hablado con un campesino y me parecían como hormigas insensibles que solo sabían trabajar, lo mismo aquí que en cualquier otro lado, hasta que te he conocido a ti, y he visto que puede haber más sensibilidad, más belleza, inteligencia y amor en una campesina de mis tierras que en una princesa de una corte extranjera”.

“No tengo que perdonarte, tu arrepentimiento y confesión espontánea te exculpan, si no me lo hubieras querido explicar yo nunca lo hubiera sabido, además: Los pecados del pensamiento que no se materializan son pecados menores”.

“Además de linda eres inteligente y bondadosa, y en referencia a ello tengo que confesarte mi siguiente pensamiento”.

“Espero que no sea otra canallada”.

“Todo lo contrario: Sin saber cómo ni cuándo, me he enamorado locamente de ti, no puedo siquiera imaginarme mi boda con otra mujer que no seas tú”.

Gracia se ruborizó como una manzana madura, bajó la vista y con un hilo de voz dijo: “Tengo que confesar que a mí me ha pasado lo mismo”.

“Si me hubieras dicho lo contrario habría pensado que mentías, tus ojos te delataban. Sin embargo, tenemos un grave problema, mi padre, el Rey, nunca aceptará que el heredero de la corona se case con alguien que no sea una princesa de sangre real”.

“¿Y qué vamos a hacer, vivir nuestro amor como furtivos?”.

“Eso nunca, mi nobleza no me permitiría cometer tal bajeza contigo, pero tengo un plan para torcer la voluntad de mi padre, a partir de mañana lo pondremos en marcha”.

Al día siguiente, de buena mañana un carruaje cerrado recogía a Gracia y la llevaba a un antiguo pabellón de caza en desuso, allí la esperaban un par de damas de la corte, cuya lealtad y silencio el príncipe había comprado.

Aquellas cortesanas le enseñaron en clases aceleradas, a comportarse y expresarse como una verdadera princesa.

Al atardecer el carruaje volvía a dejarla en un punto cercano a su casa. En su familia nadie sospechaba nada porque normalmente Gracia pasaba las jornadas en cualquier lugar apartado leyendo sus libros de aventuras.

En días sucesivos también recibió clases del antiguo profesor del príncipe, cultura general, geografía, música... Con su inteligencia todo lo absorbía nuestra campesina como una verdadera esponja.

Cuando estuvo preparada, les tocó el turno a modistos y joyeros que prepararon un ajuar no demasiado ostentoso, como llevaría una princesa que tuviera que realizar un largo viaje.

Remataron el conjunto con una calesa llevada por un cochero que poco podía decir, ya que era mudo y no sabía escribir.

La víspera del día señalado, Gracia explicó el plan a sus padres, que, aunque aterrorizados por el temor de que el rey descubriera el secreto y montara en cólera, al mismo tiempo estuvieron orgullosos de que su niña hubiera ganado el corazón del príncipe heredero.

Al día siguiente el príncipe comunicó a su padre que deseaba realizar una visita de inspección para verificar la seguridad de las fronteras del reino, a lo cual el Rey accedió, complacido de que su hijo se preocupara de los asuntos de estado en lugar de holgazanear como hacían otros jóvenes nobles.

Al cabo de seis días, el príncipe retornaba a palacio escoltando la calesa en que viajaba nuestra joven campesina, puesta ya en su papel de princesa.

El príncipe solicitó audiencia y comunicó al Rey que había ofrecido en su nombre amparo a una princesa de un pequeño país lejano, donde una sangrienta revolución había acabado con el asesinato de toda la familia real, de la que solo había sobrevivido ella, que había logrado escapar gracias al sacrificio de sus fieles servidores. Luego humildemente explicó que, en caso de no recibir su aprobación, él mismo la volvería a escoltar a la frontera para expulsarla.

No fue el Rey, sino la reina la que cortó el discurso diciendo: “¿¡Expulsarla!?, ¡por encima de mi cadáver!, una pobre muchacha que ha visto a su familia masacrada, ¿Qué clase de nobleza correría por nuestras venas sino le ofreciéramos protección?”.

A lo que el Rey afirmó: “Hijo mío, aunque hubieras recogido al peor de los canallas, solo por ser tú, respetaría tu voluntad, pero en este caso, no solo lo apruebo, sino que me siento orgulloso de la decisión que has adoptado”.

Acto seguido mandaron traer a la supuesta princesa a la presencia real, la cual causó una verdadera conmoción en la real pareja por su belleza y su discreción.

Gracia llevaba muy bien aprendida la lección y a la pregunta de: ¿Cómo era posible que hablara el idioma del país a la perfección?, respondió que su ama de cría era natural de aquel reino, y por tanto le había enseñado no solo el idioma sino las costumbres.

A petición del príncipe decidieron guardar en secreto la llegada de la princesa, haciéndola pasar por una noble invitada.

Los meses siguientes transcurrieron como en un sueño. Para los reyes Gracia era la hija que nunca habían tenido, que con su belleza y su ingenio llenaba de alegría el palacio, y para el príncipe era su gran amor, la luz de sus ojos.

Un día en que la joven pareja conversaba animadamente, Carlos dijo: “Ven, vamos a la biblioteca, te enseñaré algo que te hará reír”.

De una estantería sacó una enorme carpeta encuadernada en cuero y dijo: “Hace un tiempo, mi padre envió al pintor real a que hiciera un retrato exacto y sincero de las princesas solteras de todos los reinos de alrededor. Actualmente siguen sin desposarse estas tres”.

Gracia no pudo contener la risa, porque la primera era obesa como un cerdito, la segunda contrahecha y la tercera extremadamente delgada y con una nariz aguileña que le daba aspecto de lechuza. Sin dejar de reír preguntó: “¿Ósea que de esto es de lo que te voy a librar?, creo que tendrás que agradecermelo de por vida”.

A lo que el príncipe respondió: “Aunque ellas fueran las más bellas del mundo, para mí no habría más mujer que tú”.

Finalmente, un día en que el Rey estaba de buen humor, su hijo le pidió su autorización para casarse con Gracia, a lo que el padre prudentemente respondió: “No me sorprende tu solicitud, porque esa chiquilla se ha ganado el corazón de todos nosotros, pero en el caso de un matrimonio real hay que ser muy prudentes, tendré que mandar emisarios a su país de origen, aunque sea de incógnito, para tratar de averiguar qué clase de persona hemos acogido”.

“Pero padre, ¿es que acaso desconfías de ella?”.

“En principio no, ¿pero te das cuenta de que esa persona llegará a ser reina, y que si algo te sucediera gobernaría este país?, ¿Puedes tu jurar que no es una espía mandada por nuestros enemigos para desestabilizar nuestro reino?, ¿Qué sabes tú de sus orígenes?, ¿Cómo puedes estar seguro de su lealtad?”.

“Respecto a ella padre... debo explicarte dos cosas que no sabes, una te complacerá, y otra no tanto”.

“Pues dime primero la me complazca, para ir endulzando la segunda”.

“Se que no es ninguna espía sino una súbdita leal, conozco perfectamente sus orígenes, quienes son sus padres y cuál ha sido su vida desde la infancia, su lealtad está probada”.

“Aquí hay algo que no encaja”.

“Ahí es donde viene la parte amarga, es súbdita de nuestro reino, la conocí casualmente en una de mis cabalgaduras y me enamoré locamente de ella, pero no es de sangre noble, es una campesina”.

“Entonces nos ha engañado”.

“No padre, ella no, yo la obligué a fingir esta comedia, que os pensaba descubrir más adelante, porque esa era la única forma de que accedierais a conocerla”.

“Si bien, es encantadora y te tiene hechizado, pero yo he de pensar en el reino”.

En ese momento el príncipe abrió la carpeta de los retratos de princesas, que previamente había dejado sobre la mesa, diciendo: “Exacto padre, tú has de pensar en el reino. La sangre de muchas de las cortes europeas está corrompida por el vicio y la molicie, necesitamos sangre nueva. ¿Quién quieres que sea tu nieto el heredero de la corona?, ¿Un obeso que no pueda ni cabalgar?, ¿Un contrahecho hazmerreír del resto de cortes?, ¿Un alfeñique que no pueda sostener una espada?, ¿O un vigoroso mancebo fuerte, hermoso e inteligente que pueda llevar nuestro estandarte con honor?, tú decides, yo acataré tu voluntad”.

“La verdad es que me pones difícil la elección, si por lo menos fuera de sangre noble, una condesa por ejemplo”.

“Lo será si tú lo deseas”.

“No te comprendo”.

“¿No merecería con honor el título de condesa la muchacha que en una cacería salvara valientemente la vida de la reina arriesgando la suya propia?”.

“Bien, pero eso no ha sucedido”.

“Pero puede suceder la semana próxima, en teoría claro está, iremos a cazar con un grupo de leales que jurarán por lo más sagrado que así ha sido”.

“La verdad es que no me gusta mentir como un bellaco”.

“Padre, entre nosotros: ¿Verdad que alguna vez has tenido que mentir por cuestiones de estado, por el interés del reino?, pues piensa que esto también es por el interés del reino y además es una mentira inocente que no daña a nadie”.

“Excepto a las tres princesas solteras”.

“¿Esos cardos borriqueros?, ¡que se vayan a un convento!”.

“Bien, lo haremos como tú dices, pero solo si tu madre lo aprueba”.

“De acuerdo, hablaré con ella”.

“No rufián, que tú eres su niño mimado y la convencerías de cualquier cosa, la haré venir ahora mismo y seré yo quien lo haga”.

Así lo hicieron, el rey le expuso en tono grave que no solo habían sido engañados por el príncipe, sino que ahora tenía la osadía de pedirles que colaboraran en un engaño mayor, a todo el reino. Pero el semblante de la reina cada vez estaba más risueño, hasta que su marido se detuvo para preguntarle: “¿Es que no te indigna tanta desfachatez?”.

“¡Que inocentes son los hombres!, no os dais cuenta de nada, nuestro hijo ya entró aquí con su princesa, enamorado como un tonto, de meses. Que no era princesa de un país lejano yo lo sabía de buen principio, lo único que rogaba a Dios es que fuera una muchacha honesta y de corazón limpio, y no una tabernera de burdel, o una aventurera de mala vida, y mis oraciones se han cumplido”.

“¿Así estás de acuerdo con sus planes?”.

“Solo debo añadir un detalle, a sus padres les darás una baronía, no quiero que esa buena gente, entre todos los invitados que acudirán a la boda les avergüence que tengan que anunciarles como los campesinos de la comarca”.

Se realizó tal cual estaba planificado, a todo el mundo le pareció correcto que quien arriesgara su vida para salvar la de la reina, recibiera honores por tal motivo, y si alguien no estuvo de acuerdo tuvo la prudencia de callar.

Pocos meses después se anunciaba la boda entre la condesa y el príncipe. Fue un acontecimiento, fastuoso y feliz. Ninguna sombra enturbió la dicha de la real familia.

Un año después de su boda, Gracia desempeñaba tan perfectamente su papel de princesa, que realmente parecía que lo hubiera sido desde la cuna. En un cajón secreto de su cómoda, guardó la piedra luminosa envuelta en paño dentro de un cofrecillo.

Al cabo de siete años, ningún suceso desagradable había enturbiado la vida de los príncipes, pero ahora Gracia se hallaba molesta por pequeñeces que ella convertía en importantes, importunando frecuentemente al príncipe con quejas y recriminaciones.

“¡Estoy harta!, no puedo hacer nada de lo que me gusta, y tú no haces nada por complacerme, seguro que ya no me quieres”.

“Claro que te quiero mi amor, por encima de todo, ¿Qué es lo que te sucede?”.

“Muchas cosas, no puedo celebrar una fiesta el día del aniversario de cuando nos conocimos, no puedo ir a comprar sedas al mercado del país vecino y no puedo ir de caza a los bosques del norte, y tú cada vez te ausentas más de mi lado”.

“Pero amor ya lo hemos hablado varias veces: El día que pretendes celebrar la fiesta hay un importante consejo de ministros, se puede hacer al día siguiente”.

“Sí, pero no quiero, porque ya no es lo mismo”.

“Y comprar sedas al país vecino, sabes que no es conveniente porque últimamente no estamos en muy buenas relaciones, pero si explicas lo que deseas, pueden ir un par de criados anónimamente y comprarlas para ti”

“¡¿Pero cómo voy a saber lo que quiero sino las veo yo misma?!, necesito tocarlas y poder escoger, un criado me podría traer cualquier cosa horrible”.

“En cuanto a cazar a los bosques del norte, ya sabes que hay noticias de grupos de bandidos, hasta que la guardia real no los haya limpiado no son seguros, pero hay muchos otros bosques donde cazar con seguridad”.

“Pero a mí me gustan los del norte porque es allí donde cobré mi primera pieza”.

“En cuanto a que me ausento, ya sabes que mi padre el Rey se está haciendo mayor y no goza de buena salud, tengo que ser yo el que le sustituya en todo aquello que sea penoso o fatigoso, como dirigir una campaña al frente del ejército”. (En este caso el príncipe mintió en parte, porque muchos de aquellos quehaceres que le mantenían lejos, los buscaba o alargaba él mismo, por no tener que pasarse el día escuchando las quejas de la princesa).

“Los hombres siempre tenéis alguna excusa para no estar con vuestras mujeres, que si el ejército, que si la guerra, ¿De qué me sirve ser princesa si no puedo hacer lo que me gusta?”.

“Pero mi amor, nadie puede hacer todo lo que le gusta, ni siquiera el rey, ¿No piensas que él preferiría estar descansando junto a la chimenea en lugar de presidir esos aburridos consejos de ministros?”.

“Lo que pasa es que tú ya no me quieres, por eso no me das ningún capricho”. Y diciendo esto mientras sollozaba se retiró a su habitación”.

Una vez allí dijo en voz alta: “Me siento muy desgraciada, mi vida es horrible”.

En ese instante, sin saber porque, le vino a la mente la imagen de su piedra luminosa, ¿Tal vez ella le podría conceder sus deseos?”.

Sentada en la cama abrió el cofre presurosamente, tomó el paño en su regazo y al ver su contenido se escapó un grito de horror de sus labios, porque la piedra se había convertido en una mezcla de cieno negro asqueroso y mal oliente. La impresión le causó un mareo que la obligó a tumbarse en el lecho donde se desvaneció”.

Cuando despertó, todo había cambiado, estaba sentada apoyada en el viejo roble, con los mismos vestidos de campesina que llevaba cuando conoció al príncipe. En sus manos no había ninguna de las sortijas de princesa y ni siquiera sus uñas estaban pintadas y cuidadas. A su lado yacían el libro de la princesa oriental, y el canastillo vacío con migas del pan que le había dado a la vieja Venancia. Era como si hubiera retrocedido al mismo día en que se conocieron. La única diferencia era que, en lugar de la piedra luminosa, en su regazo yacía una horrible pasta de cieno negro.

No tardó en oír el galope de un caballo, era el príncipe que se detuvo unos segundos frente suyo para mirarla con asco y decir para sí: “Sucios campesinos, hasta las mozas jóvenes tienen sus manos ocupadas en cosas asquerosas y malolientes”.

Dicho lo cual, picó espuelas y se alejó de su lado sin dejarle decir ni una palabra.

Gracia se retiró angustiada a su casa, donde pudo comprobar que estaba en el mismo día en que la vieja Venancia le había dado la piedra, su historia como princesa no había llegado a suceder, aun así guardó celosamente la piedra ahora convertida en cieno, por si acaso su magia volvía a renacer.

Pero lo peor estaba por llegar, tres días después la guardia real expulsaba a todos los campesinos de aquella zona por orden del príncipe, para convertirla en coto de caza real. Tuvieron que escapar con lo puesto si no querían morir allí mismo.

A partir de entonces, todo fue de mal en peor, con el escaso dinero que su padre había conseguido meter en el refajo antes de que los guardias lo ensartaran como una aceituna, apenas pudieron comprar una casucha fea, fría e incómoda en un paraje yermo.

Desde aquel día todo fueron penalidades, para sobrevivir tuvieron que aceptar las tareas más duras. El primoroso vestido que Gracia llevaba quedó en pocos meses reducido a harapos, sus manos, antes bien cuidadas, se volvieron feas y callosas, su cutis se volvió ajado por el viento, el frío y el sol. Su madre no tardó en enfermar, y a los tres años acabó muriendo, y a su padre se le agrió tanto el carácter, que era imposible reconocer en él, la jovialidad que le animaba antaño.

Tampoco al príncipe le fueron bien las cosas, tal vez por su mala cabeza, o por castigo de Dios. El desalojo de los campesinos de media comarca le hizo muy impopular. Cuando tuvo que escoger esposa, optó por la princesa esquelética con cara de lechuza, con lo cual fue objeto de burlas en todo el reino, teniendo además la mala fortuna de que fuera una traidora que una vez enquistada, conspiró con los enemigos del país y ayudó a crear malestar entre la población, hasta que el anciano rey fue derrocado y toda su familia tuvo que huir precipitadamente.

Pasaron siete años desde su desalojo y Gracia estaba ya totalmente desesperada. A menudo pedía a Dios que pusiera fin a esa vida de miseria y penalidades, no atreviéndose a realizarlo por su propia mano por su fe de cristiana.

Aprovechando que su padre no había vuelto aún de coger leña, se sentó llorando en el sucio jergón que le servía de lecho y lamentándose en voz alta dijo: “¡Dios...! ¿Cómo pude ser tan necia de no apreciar, no ya la vida de princesa, sino la de simple campesina acomodada que antes llevaba?, ¿Por qué fui tan estúpida de no disfrutar alegremente de aquella vida tan regalada?, antes podía holgar en primavera por los campos haciendo lo que me placía, mientras que en los rigores del invierno me desperezaba junto a una buena chimenea, no me faltaban caprichos, ni prendas de vestir ni el mejor de los bocados, ¿Por qué no supe valorar todo aquello?, lo que yo daría por volver a esos felices días pasados. Ahora por mi mezquindad, la piedra que podía haberme dado maravillas se halla convertida en cieno”.

Diciendo eso levantó el ladrillo bajo el cual aún guardaba el paño con su piedra mágica, lo abrió cuidadosamente lanzando un grito de sorpresa, porque la piedra ya no era una masa asquerosa de cieno, sino un simple y pulido guijarro, el mismo que la vieja Venancia le había dado hace ya tanto tiempo.

Lo contempló fijamente, aquella piedra tenía algo de hipnótico que le impedía apartar la vista de ella, así hasta que perdió el conocimiento.

Cuando despertó, se dio cuenta de que todo había cambiado, era un día radiante, sus vestidos de campesina estaban impecables, sus manos que ahora sostenían el guijarro estaban tersas y suaves, sin asomo de las penalidades pasadas. No tardó en comprender que la piedra le había hecho volver al mismo instante en que la maga se la había dado.

Al poco rato escuchó el galope de un caballo, se levantó de un salto esperándolo de pie junto al camino, al instante apareció el príncipe que se detuvo al verla.

Ella no le dejó opción ni de abrir la boca, sino que con una graciosa reverencia y el tono aprendido cuando estudiaba para princesa le dijo: “Buenas tardes caballero, Dios os guarde. ¿Podría decirme vuestra merced su opinión sobre la humilde campesina que se halla ante vos?”.

Sorprendido el príncipe solo acertó a decir “Bien pues... Una bella moza de estas tierras”.

“¿Sólo eso... Una bella moza, como pueda serlo un jarrón?, No príncipe Carlos, soy mucho más, soy un ser humano que siente, que ama, que ríe, que sueña, que piensa que la nobleza de los reyes que Dios ha puesto en este país la protege de todo mal, y no solo yo soy así, sino mi familia y cuantos me rodean”.

“Más sorprendido que enojado el príncipe preguntó: ¿Qué queréis decir con ello?”.

“Quiero decir que, si algún noble caprichoso nos considerara como hormigas que lo mismo pueden laborar aquí que en cualquier parte, y llegara a expulsarnos de las tierras donde descansan nuestros antepasados desde hace generaciones, Dios le castigará implacablemente, pudiendo llegar incluso a perder título y fortuna”.

El príncipe había palidecido y preguntó nervioso: “¿Cómo sabéis todo eso, es que acaso sois bruja?”

“No príncipe, perded cuidado que no lo soy. Dios ha querido revelármelo durante un sueño para evitarme y evitaros grandes males, por eso sé que tenéis una mancha en forma de estrella en vuestra nalga derecha y que guardáis bajo vuestro lecho la brida del primer corcel que montasteis, fallecido ya hace tiempo, y por eso sé que si expulsáis a los campesinos de estas tierras por el antojo de tener un coto de caza cerca de palacio, acabaréis perdiendo vuestro reino”.

Sin perder la compostura, pero estupefacto por las revelaciones, el príncipe pregunto: “Bien ¿y no tenéis alguna advertencia divina más que hacerme?”.

“Una más mi querido Carlos, deseo que seáis feliz, porque aunque a pesar de tener malos pensamientos, no los habéis consumado, por eso una seria advertencia: De las tres princesas solteras, guardaros de la delgada con cara de lechuza, porque conspirará contra el reino y contra vos, tampoco os recomiendo la contrahecha, sino la gordita, porque está sana y su único mal es la gula, con lo cual si procuráis que vuestros hijos no la imiten, tendréis unos herederos fuertes y apuestos”.

Sin saber ya que postura adoptar el príncipe dijo en un tono claramente irónico: “Bueno, pues si mi señora campesina no tiene más que advertirme a mí, ni a nadie de mi real familia, con su venia partiré a meditar sobre sus consejos”.

“Para la real familia sí, decídele a la reina a quien tanto aprecio, aunque solo la he conocido en un sueño, que el precioso anillo de compromiso regalo del rey, que tanto pesar le causó perder, se halla enterrado en el fango bajo un grupo de nenúfares, en el centro del estanque”.

“Bien, pues así lo haré”, dicho lo cual picó espuelas y se alejó por el camino”.

Aquella tarde el príncipe anduvo muy pensativo contemplando en el espejo la mancha en forma de estrella en su nalga derecha, de la que ya casi ni se acordaba y la brida de su querido caballo, de nombre Valeroso.

Al día siguiente ordenó a los jardineros que dragaran el centro del estanque, sin perder de vista la operación, hasta el momento en que uno de ellos halló la sortija de la reina. La tomó en sus manos y fue directamente a ver a sus padres los cuales se sobresaltaron al verle entrar apresuradamente en la cámara real. “¿Qué sucede hijo, alguna mala noticia?”.

“No padres, solo cosas buenas: En primer lugar, una corazonada me ha permitido hallar el anillo de la reina. En segundo lugar, he decidido que la idea del coto de caza sería una injusticia para los campesinos que allí habitan”.

La reina con lágrimas en los ojos le dijo: “Hijo, aunque no te lo creas me alegro aun más de la segunda noticia que de la primera, porque ello quiere decir que te estás convirtiendo en un hombre de bien, un buen regente que se preocupa por su pueblo”.

El Rey interrumpió diciendo: “¿Y para mí no hay buenas noticias?”.

“Si padre, también las hay, tú siempre me insistes en que escoja para desposarme una de las tres princesas solteras de los reinos vecinos, me he decidido por la princesa Olga, que aunque está en exceso entrada en carnes, goza de buena salud y es sincera y alegre, solo con que cuidemos que no contagie la gula a sus hijos tendremos unos herederos fuertes y apuestos”.

“No te preocupes que de eso me encargo yo”. Sentenció la reina, “Pero... bueno dinos: ¿Cuál es el origen de tantas buenas nuevas?”

“Si te dijera que me he inspirado en el sueño de una campesina ¿Me creerías?”.

“¿Por qué no?, sobre todo si era bella”.

“Lo era, ganas me han dado de quedarme para hablar a su lado todo el día, y si lo hubiera hecho no sé si hubiera acabado desposándome con ella en lugar de la princesa Olga, pero no temas papá soy un príncipe responsable y no te disgustaré en este aspecto”.

Gracia volvió a su casa con mayor alegría de la que había sentido jamás, abrazó fuertemente a su madre a la que ya había visto morir en su anterior vida de pordiosera y disfrutó de cada rincón, de cada pequeño confort que podía ofrecerle su hogar. Por la noche cuando sus padres la vieron sentada junto a la chimenea arrojando lentamente al fuego uno tras otro los libros de caballerías y aventuras de lejanas princesas no pudieron menos que preguntarle: “¿Pero?... ¿Qué haces, no te gustaban tanto?”.

“Sí, pero son un peligro, porque soñando con esas aventuras puede ocurrir que no me conforme con la cómoda y sencilla vida que llevo, y que en un momento dado quisiera más y ni siquiera me contentara siendo princesa en un palacio fabuloso”.

“Mujer, con eso sí que te contentarías ¿Quién puede pedir más?”.

“No creas mamá, las personas de espíritu insatisfecho no se conforman con nada”.

Al día siguiente, nuestra campesina esperaba bajo el enorme roble a la vieja Venancia, en cuanto la vio, se puso rápidamente en pie y poniendo en su mano el guijarro le dijo: “Toma abuela, no quiero tener en mi poder ni un minuto más esta piedra mágica, es un verdadero peligro”.

La anciana río de buena gana, arrojó el guijarro a un lado del camino y le dijo: “¿Piedra mágica?, es un guijarro como cualquier otro y el verdadero peligro es pasarnos la vida llorando por lo que no tenemos en lugar de disfrutar de lo que realmente está a nuestra disposición”.

“¿Entonces la magia...?”.

“A ver so tonta: ¿Qué pasaba con las hierbas que curaban tus moretones?”.

“¡Que no servían para nada porque en realidad la magia emanaba de ti!”.

“Exacto, pues lo mismo con la piedra, ¿Estás curada de tus males?”.

“Completamente, nunca más volveré a quejarme de esta vida tan estupenda que llevo”.

El príncipe ordenó al jefe de la guardia real que cuidara de que nada ni nadie importunara a los campesinos que habitaban aquella colina. Posteriormente se casó y fue relativamente feliz en su matrimonio, ya que mirando a su oronda esposa no podía evitar pensar en: ¿Como hubiera quedado en su lugar aquella bella campesina?.

FIN...

MORALEJA: Tal vez tú, amable lector/a, que no estás conforme con tu destino a pesar de vivir en el primer mundo, pensarás: “Pero a mí no vendrá una bruja haciéndome vivir como negrito esclavo en el África, para que luego aprecie la vida que llevo”.

Ahí es donde te equivocas, no será exactamente así, pero puedes recibir la enseñanza en la siguiente reencarnación.

“Ho, pero yo no creo en ese rollo de las reencarnaciones”. Pues haces mal, porque a pesar de ser un tema tabú para la ciencia, es uno de los fenómenos mejor documentados.
